

todo, los caciquistas y sus hechuras tuvieron 57 votos en contra; número al que se sumarán muchos más á la primera ocasión que se presente, porque allí ya se han abierto los ojos á muchos. Pues bien, concluida la votación, que como hemos dicho fué pacífica, á pesar de todo, hablando esto muy alto en favor de los de la oposición, los vejados de siempre aprovecharon la ocasión de pedir á la presidencia explicaciones del porque no se les había concedido una Junta general que con el número de firmas que marca el Reglamento habían pedido hace ya mucho tiempo, sin que se les hubiese concedido aun, y se les contestó con capciosidades y con pretextos; y eso sí, fustigando de firme á los republicanos el señor Carrera, que allí por ser empleado de la Sociedad no tenía voz ni voto, ya que el dinero con que le pagan sus servicios pertenecen á todos los socios por igual, y como es muy natural al despotricar el señor Carrera contra los republicanos, éstos pidieron la palabra para defenderse de los cargos, inculpaciones y tonterías que se les achacaba, y cuando el Sr. Carrera estuvo satisfecho hizo señal al Presidente para que levantara la sesión, y... allí fué Troya; mejor dicho, Troya no fué, porque pudieron más los que aconsejaron calma y prudencia que los que ya estaban al borde del abismo, que es cuando el hombre ciego se arroja con ímpetu y salga lo que saliere; pero, Troya será allí otro día; y despues... despues todos lloraremos las desgracias y tal vez terribles consecuencias: unos con lágrimas de sangre y de desesperación, otros con lágrimas de cocodrilo por fuera y por dentro con la menguada satisfacción de haber destruido de una vez y quizá para siempre LA CASA DEL PUEBLO.

Pero esto no ha de ser, esto no será; y decimos que esto no ha de ser y que no será, porque, si á los caciques y á su representante allí no les dice nada la suma de 57 votos que han tenido los que quieren que allí valga é impere siempre la Ley; si tampoco á ese fraile estúpido y ruin no le dice nada lo desvergonzado que estuvo con los Sres. Xiol, Sitjes y Colomer, si no le dicen nada los puños altos y las voces de ira en mal hora hechos enardecer por el imperio del «Aquí no hi ha Lley que valgui» y en buena hora contenidos por los que no perdieron ni por un momento la serenidad; si todo esto á esos no les dice nada, ha dicho ya mucho, pero mucho á los neutrales, á los que quieren paz á toda costa, y aun á los que hasta ahora eran partidarios, pues que se anuncian dimisiones de los que no quieren servir de comparsa á los caciques, y la luz se va abriendo paso, y si no cejan en su empeño los liberales, los demócratas, los republicanos de verdad que aun quedan en La Unión Liberal, los 57 votos del domingo se convertirán en grandiosa mayoría, arrollando á todo cuanto haga olor de fraile y de cacique, devolviendo así la paz

y la tranquilidad á aquella sociedad tanto tiempo hace perturbada, y evitando con su decidido y tenaz empeño un día de luto á nuestra desventurada villa, aprisionada hoy por todos conceptos por las potentes garras del desvergonzado y repugnante caciquismo.

UN PERILL

La opinió pública tracta de influir, cada vegada de una manera més directa, en l'administració de justicia. Y no es perquè 'l poble 's mostri encarinyat ab la seva participació en lo poder judicial, mediant lo democràtic organisme del jurat, sinó per un esprit de imposició, renyit ab lo règimen de verdadera llibertat que no pot ser complert y arrebat si no l'acompanya l'imperi del Dret y la Rahó.

Pochs son los ciutadans que saben identificarse ab l'esprit de la Lley cuan aquesta los crida á intervenir en la nobilíssima funció de jutjar las accions criminals. La majoría no sent entusiasme per res que's refereixi á'l cumpliment d'aquest fi social, y considera una molestia gravosa la d'ajudar á administrar justicia, ja ilustrant á'ls jutjes ab las sevas declaraciones; ja fent accidentalment de jutje cuan ha de formar part de un jurat.

Diuen alguns autors que'l Poble en los Estats regits democràticament, deu intervenir en lo poder judicial ja que té participació en lo legislatiu y en l'executiu. Pro generalment son cumplerts ab més satisfacció los debers que portan á legislar, á fer cumplir la lley, que'ls que imposan lo participar en la missió de restablir la lley quebrantada.

Y apesar de ser així, la massa cuan atreta per la curiositat se fixa en un procés, no s'accontenta ab observar y exercir la fiscalizació que implica sempre la publicitat dels actes de govern, sinó que inclinada cap á un cantó ó altre, s'empenya en fer prevaleixer la seva decisió, com la més rahonable y la més justa.

Un día fa presió porque l'assassinat de un polítich mes ó menos escrupulós, quedí impune.

Un altre reduheix á cuestió de rics y pobres lo fallo que recaigui en lo judici de un degenerat parricida.

Més tart vol justificar l'absolució de una famosa desgraciada en los suposats caprichos luxuriosos de la víctima.

Avuy tracta hasta de impedir la defensa de uns criminals aborribles, pro no tant que no mereixin ni ser escoltats en una cuestió que pot ser per ells es de vida ó mort.

Si la corrent anava accentuantse y lograba imposarse á la Justicia conscient y reflexiva, que afortunadament no abandona las sevas peculiars atribucions á mans de las veleitats de una Opinió irresponsable y apasionada, la seguritat social sería un mito, y l'acusat quedaria sense garantia de que se l'hi farà justicia.

Per lo sentimentalisme de cert públich ni ha de quedar indefensa la societat, ni la existencia de un reu subjecte á las imposicions dels aficionats.

JOSEPH COMA.

LA GEPERUETA

(D'En A. Barned.)

—¡Ave Maria Purissima! Pró ¿qué manegas, criatura de Deu? ¡Mira que n'ets de burra!... ¡Lo saler! ¡Lo saler es lo que demano, y no 'l cètrill! Aixís se t'emportessin los dimonis. ¡Deu me perdón!

Atés lo rampalluda qu'era la Pepa, la mestressa de la masia, no era d'extranya que, tot remenant l'olla de las cols penjada als clamastechs, parlés aixís á una mossota groguenca y mal forjada que li havia á la cuyna, que per més desgracia era geperuda.

—No ho havia entés, dona, en bona fé... La pobra Tomasa, qu'era la geperudeta, estava tant aturdida aquell vespre, que ni vá sentir las esquellas del bestiar que venía del bosch per anar á redós, com cada jorn entre dos llustres.

—¿Qué no sents, talossa, com 'ls pastors arriuan? ¡Aia, á obrir 'l porxo, barjaula!

Movent la gran gatzara entraren 'ls pastors, encarcerats de tret y ben xòps á consecuencia de las ruixades que váren arregar pe'l camí.

De mofas y bromas de mal genre á la pobre geperudeta, no'n volguéu més...

Ja se sabia! Cada vespre era lo mateix. Més, ella... ¡masella! com si sentís ploure. Ja no'n feia gota de cas.

—¿Com está 'l sopar, mestressa, baladrejá un pastor.

—¿Pró, no falta'l Sebastianet encare?, observá la mestressa.

—Teniu rahó... ¡Pró, que's fumi! 'S deu haver quedat adormit á la barraca de dalt. ¡Portéu, portéu 'l sopar! Bé s'apanyará prou.

—Sí, pró, ab aquesta nit que's prepara, pobre bordegás...

Aqueix enrahonament deixá glassada á la pobreta Tomasa, perquè 'l Bastianet